

GERMAN GARMENDIA

Di hola



GERMAN GARMENDIA

Di hola





CAPÍTULO 1

Desde el abismo

Espantoso. Así describiría mi amigo Oscar todo lo que pasó. Con una sola palabra, siendo tan duro como solo él sabe serlo. Nada de vueltas. Yo, en cambio, agregaría otras: fue espantoso pero terriblemente bello. Y Natalie se quedaría solamente con la última palabra. Ella rescataría lo bello y mandaría para el fondo del placar, de la vida y la memoria todo lo feo de este mundo. Incluso su propia enfermedad y muerte. Claro que ustedes no saben ni de quiénes estoy hablando así que mejor que empiece a ordenarme. A contar esta historia desde el principio, si es que hubo uno. Si es que entre mis dos queridos amigos hubo un comienzo. Porque a veces pienso que estuvieron juntos siempre, incluso antes de conocerse.

Natalie y Oscar eran una de esas clásicas parejas de “polos opuestos que se atraen”. Odio escribir “eran”. Son. Son. Son. Son. Escribe cien veces “son”, David, para que todo vuelva a ser como antes. Aunque habría que definir ese “antes”. Antes de todo lo malo. Disculpen, me voy por las ramas, las hojas y los retoños. Es que quien debería estar contando esto es Oscar. Después de todo, él se dedica a escribir y sí que le fue bien escribiendo. Aunque solo con eso, porque su vida, pese a que odie tener que darle la razón, lleva ritmo de catástrofe. ¿Que quién es Oscar? Es largo de explicar. Para mí, lo que importa es que es mi mejor amigo. Mi hermano no de sangre

pero sí de todo lo demás. Un tipo áspero y descreído, al que vivir le estaría costando demasiado. Nadie diría de él que es alguien positivo. Todo lo contrario. Él ve todo sin artificios, descarnado, con escepticismo y tendencia a lo oscuro. Y te lo hace saber. Para él los seres humanos no somos naturalmente buenos ni generosos sino que, en el mejor de los casos, nos obligamos a ser buenos porque nos conviene. Esto que digo no hace de Oscar un tipo malo, para nada. Es buena gente. Solo que, como ya les dije, es alguien duro. Y la verdad es que tiene sus buenos motivos para andar por la vida con esos lentes, no vayan a creer.

Natalie, su novia y también mi amiga, era lo opuesto. Ella vivía en un mundo de fantasía, creía que todo pasaba por algo, y por eso se empeñaba en encontrarle el lado positivo a las experiencias más desastrosas u horribles. Si ese lado no existía, era capaz de inventárselo. Lo importante para ella era ir hacia adelante, hacia el sol, hacia el futuro. Natalie creía en las personas, en su bondad natural, algo que Oscar tachaba de ingenuidad. Muchas veces parecía que la misión de Natalie era estar por ahí, ligera y etérea como la primavera, solamente para recordarle a Oscar que no debía enfocarse en lo negativo.

Cada vez que ella le hablaba de lo bueno o genial que era algo, o le explicaba con una paciencia infinita eso maravilloso que Oscar era incapaz de ver, él se divertía mostrándole el lado “b”, haciéndole preguntas desconfiadas o listándole una larga serie de desgracias, catástrofes e injusticias con el único fin de lograr al menos manchar con grises las rosas visiones de su novia, algo que por lo general no conseguía. Esos frecuentes episodios solían terminar con una de las típicas muecas de Oscar que a Natalie tanto la hacían reír y que decía amar, como amaba cualquier cosa que él hiciera, por más insignificante e incluso molesta que fuese.

De algún modo que solo ellos entendían (pero que también era clarísimo para quienes estábamos cerca), se complementaban. Lograban un balance perfecto.

Eran conscientes de lo opuestos que eran a la hora de mirar el mundo, tanto así que se lo tomaban incluso como un juego. Entre las cosas que disfrutaban haciendo juntos, que eran muchas, les gustaba ir al parque y sentarse siempre en la misma banca a observar a las personas que pasaban e imaginar sus vidas.

Las historias que Natalie inventaba eran de superación de obstáculos, de enfrentamiento valeroso a la adversidad, de felicidad porque sí y buenas noticias. Las de Oscar incluían derrapes, pérdidas, engaños y todo lo que podía salir mal. Si pasaba una pareja conformada por una joven y atractiva chica con una hermosa cabellera rubia y un hombre de bastante más edad y con escaso pelo, Natalie decía: *“Qué lindo, el amor es ciego y no tiene edad”*, mientras que Oscar comentaba: *“Él debe tener mucho dinero”*.

Siempre con risas, hacía bastante tiempo que ya habían aprendido a disfrutar de sus diferencias. Natalie sabía que sin Oscar estaría siempre volando por las nubes, y Oscar que sin Natalie nunca despegaría del suelo.

La verdad es que no sé por qué me meto a contar esto. Ya dije que Oscar es el escritor. Yo solo me dedico a hacer videojuegos. Lo mío son los números, los códigos, la programación, no las palabras. Supongo que lo cuento porque necesito hacer mi catarsis, exorcizar mis demonios.

Detrás de esta historia, o por delante, está mi amigo. Mi hermano. Y tengo que reponerme, cargar fuerzas y hacer lo que haga falta para expulsar mi propio dolor para poder ayudarlo. Es que si sigue así, quien va terminar mal es Oscar. Y yo con él. Entonces sí que va a ser una tragedia, de esas que tanto le gustan.

Un momento, yo dije que Natalie y Oscar eran opuestos complementarios, pero lo de complementarios vino después. No fue así desde el comienzo. Al principio, igual que al final, entre ellos dos todo fue difícil. Oscar estaba en el pico del éxito con su libro y andaba medio mareado. Decía que escribir *Desde el abismo* lo había dejado vacío, sin nada que contar, y a eso se le había sumado la exposición pública, la fama repentina, algo difícil para alguien que no solo no estaba acostumbrado sino al que no le gustaba ni un poco ser una celebridad y recibir tanta atención.

Su vida por entonces era dar una nota tras otra, hacer presentaciones en distintas ciudades, provincias y países, e ir a eventos de todos los colores para responder a la agenda que le había armado la editorial, que insistía y presionaba con que no podía perderse sus 15 minutos de fama. El libro había sorprendido a todos transformándose en un éxito primero a nivel local y después global, y se vendía como el pan.

Para Oscar, el novedoso ajetreo suponía subir y bajar de aviones, pasar muchas noches en hoteles, y terminar cada día en un bar distinto o en fiestas organizadas en su honor, bebiendo con famosos de toda laya, colegas y periodistas de ocasión dispuestos a descubrir un costado oculto del autor del momento o sacarle una confesión para poder vender notas. Nadie se quería perder la oportunidad de conseguir su tajada del fenómeno: desde los empresarios, que querían de algún modo vender sus productos pegándose a su éxito, hasta la fugaz corte de aduladores y falsos amigos que siempre se arma alrededor de los personajes públicos.

Para sumar más interés a su perfil, aunque sin proponérselo en absoluto, por esos días Oscar empezó a salir con Jess, una *rockstar* bella y conflictuada, ex novia de un famoso actor, a quien la chica había dejado supuestamente por mi amigo.

Además de este “escándalo”, como no se privaron de titular en todos lados, el historial de Jess era tupido e incluía entrada y salida airosa de una clínica de recuperación de adicciones, rumores de anorexia y un par de canciones que se habían convertido en *hit* y que la habían llevado de tocar en circuitos *under* a llenar estadios.

El pseudo amor cocinado al calor de los focos y litros de alcohol con Jess, la celebridad de pelo rosa, le trajo a mi amigo una legión de paparazis que lo seguían a sol y sombra, y el paso sin transiciones de las páginas de cultura y actualidad a los programas de chismes y del corazón. Las fotos del escritor más vendido y prometedor del momento y la cantante rebelde estaban por todos lados. Era agotador incluso para quienes lo mirábamos de afuera.

Por eso, cuando a Oscar le propusieron dar un seminario de guión cinematográfico, un tema que era otro de sus grandes amores al igual que la escritura, vio el asunto casi como una tabla de salvación para salir del torbellino en que se había convertido su vida.

Ahí, en ese seminario fue donde Natalie y Oscar se conocieron. A ella le encantaba recordar ese momento, la primera vez que lo había visto, y lo contaba como solo ella sabía hacerlo: con mucha gracia y su voz algo rasposa, que la hacía ser sexy sin quererlo, y contrastaba con su dulzura.

Para un cumpleaños de Oscar hizo un video que se llamaba “No acepte imitaciones: esta es la verdad verdadera del día que nos conocimos”, así que transcribo lo que Natalie leyó y también actuó un poco poniendo caras y haciendo voces:

“Para entrar al seminario de guión no había un examen de admisión, pero como los cupos eran muy limitados y los anotados muchos, los aspirantes debíamos completar una ficha y

tener previamente una entrevista con Oscar Desmonti, lo que funcionaba como filtro.

Yo sabía perfectamente quién era él, había leído casi todos los reportajes que le habían hecho, había visto la película en la que había participado como coguionista y había devorado su novela. Desde el abismo me había fascinado. Sobre todo Alma, el personaje principal femenino, que decía tantas cosas que yo sentía y pensaba, me había calado hasta los huesos. Por momentos, mientras leía, tenía la impresión de que Alma estaba inspirada en mí. Que Oscar Desmonti me conocía. Por todas estas razones, la situación de la entrevista me ponía bastante nerviosa. Me inquietaba conocerlo y también saber que de alguna forma iba a dar un examen que me interesaba mucho aprobar sin tener idea de qué me iban a tomar ni cómo prepararme.

Cuando me llamaron para darme fecha y hora de la entrevista, hubo otro tema que alimentó la montaña de nervios: me citaron para el 17 de marzo, un día que nunca iba a olvidar pero que no podía ser peor para mí. En ese entonces, yo era editora de contenidos en la agencia de publicidad en la que trabajaba, y al día siguiente de la entrevista, el 18, teníamos que presentar una mega propuesta de campaña a nuestro cliente más importante. De que nos fuese bien dependía prácticamente cómo iba a ser el año de la agencia. Con mi compañero diseñador gráfico habíamos logrado armar un muy buen equipo y veníamos sumando éxitos, por lo que con esta campaña aspirábamos además a meter un supergol, que para mí podía significar transformarme en directora creativa junior.

Con este panorama por delante, cuando la secretaria me llamó para darme la entrevista con Oscar Desmonti, le pedí, o mejor dicho, casi le supliqué que fuese otro día. Pero no hubo caso: ella se encargó de dejarme bien claro que Desmonti estaba

muy ocupado y que no tenía alternativas para ofrecer. Era ese día y ese horario. Si yo no podía, había muchas otras personas esperando la oportunidad de ser convocadas. De mí dependía si la aprovecharía o no. Así que, aunque sabía que me iba a generar un problema, acepté ir el 17.

Tal como había imaginado, cuando el día llegó, dejar por un rato mi trabajo para ir a la entrevista fue un martirio. En la agencia todos estaban neuróticos: el responsable de la cuenta no paraba de meter presión, nuestro cadete del departamento creativo llamaba por teléfono cada cinco minutos para todo y cualquier cosa, y mi coequiper no entendía cómo después de dos meses de trabajar sin parar y de un par de días casi sin dormir, me podía ir dejando colgado todo lo que debíamos terminar. Pero sin duda quien peor tomó la noticia fue mi jefe. Su primera reacción cuando le dije que tenía que irme fue un 'Dime que es una broma' y después vino la amenaza: 'Si abandonas el barco ahora, mejor no vuelvas.' Finalmente, luego de una retahíla de explicaciones y una tremenda negociación, prometí sobre los santos evangelios, la Torah y el Corán que volvería como máximo en dos horas para seguir ajustando lo mucho que había para ajustar.

Hablemos de mi aspecto ese día. No, no era para nadísima el mejor. Es más: era yo en mi peor versión. El pelo atado con una coleta, jeans, camiseta, chaqueta negra, borceguíes y unas ojeras que me llegaban hasta la boca y que me hacían parecer una chica amante de las noches intensas y excesivas, que hacía varios días que no volvía a casa... ¡cosa que era cierta! ¡Cómo me hubiese gustado colgarme un cartel que dijese: esta no es cara de fiesta, es cara de trabajo!

Encima, para paliar el efecto 'estoy arruinada', tuve la brillante idea de pintarme la boca con el único cosmético que había encontrado en la mochila y que era un lápiz de labios

rojo furioso, con el que solo había conseguido darle a mi apariencia de rubia zombi un mayor dramatismo.

A eso hay que sumarle lo mucho que me intimidaba Desmonti, en parte debido a la admiración que sentía por él y también porque tenía fama de tipo difícil de agradar y de pocas pulgas. Yo misma había sido espectadora de cómo se había ido de un programa de televisión en vivo porque le habían hecho preguntas que no estaba dispuesto a contestar. Y además, claramente, me sentía insegura sobre mis propias capacidades y me daba temor no estar a la altura para participar de su seminario.

¿Se entiende el estado de nervios y también de destrucción física con el que llegué a esa entrevista?

La cita era en la Academia Nacional de Cine: una casa antigua y señorial, con amplios ventanales de vidrio partido, pisos de baldosones blancos y negros, techos altos y una gran escalera de madera que llevaba a los pisos superiores. Me anunció con una chica alta y delgada, de esas que tienen aspecto de entender todo de todo, ser finísimas y llevar de marca hasta los calzones, que estaba sentada tras un escritorio de madera lustrada. Al levantar la vista para verme, percibí de inmediato su mirada de desdén por mi facha. Cuando se dignó a dirigirme la palabra, me di cuenta de que era la 'Miss Simpatía' que me había dado la cita por teléfono. Ella también pareció recordar que yo era la pesada que le había rogado por un cambio de día, ya que a la mirada desdeñosa le sumó un tonito que también se las traía:

(En esta parte del video, Natalie imitaba el tono altanero de la secretaria y su cara de desprecio.)

—Puedes tomar asiento —dijo señalando unos sillones de pana—. Desmonti está en otra entrevista. En cuanto se desocupe,

le aviso —para entonces, la chica ya había vuelto a fijar la vista en la pantalla de la computadora que tenía enfrente y a tipear como si yo no estuviera ahí.

Me acomodé en uno de los sillones y esperé. Fueron unos eternos, larguísimos treinta minutos durante los cuales no pude hacer otra cosa más que responder los mil quinientos mensajes histéricos que me llegaban de la agencia y, entre uno y otro, retorcerme las manos como una poseída.

Cuando la espera me pareció más que suficiente, me acerqué nuevamente al escritorio de la secretaria:

—Discúlpame, ¿ya me pudiste anunciar? Es que no tengo demasiado tiempo. Tengo que volver a trabajar.

—Lo lamento —dijo la chica, cuando era evidente que no lamentaba nada—. Hasta que Desmonti no se desocupe, no lo puedo interrumpir. Y como ya habrás notado, por allí no bajó nadie... —comentó mirando hacia la escalera y dando a sus palabras una inflexión que me hacía quedar como una estúpida.

Pasaron otros treinta minutos iguales a los anteriores y a las respuestas a otra tanda de mensajes SOS de la agencia y a la retorcida de manos, yo le había agregado el golpeteo constante del piso con el pie.

—Necesito por favor que le avises a Desmonti que lo estoy esperando —le dije a Miss Simpatía después de acercarme nuevamente a su escritorio e intentar dibujar en mi cara una media sonrisita—. Tengo que irme...

—Ya te expliqué que no puedo interrumpirlo. Cuando la persona que está entrevistando baje por esa escalera...

Mientras la secretaria hablaba, una puerta lateral se abrió a mis espaldas. La chica de pronto se calló y miró por sobre mi hombro. Cuando me di vuelta, vi que alguien subía por la escalera.

No alcancé a verle la cara, pero enseguida supe que era Oscar Desmonti.

—Evidentemente, no estaba arriba —le dije a la secretaria con impaciencia y algo de enojo—. ¿Le puedes avisar por favor que lo estoy esperando hace más de una hora?

Desmonti ya había subido hasta la mitad de la escalera pero quedó claro que me había escuchado porque desde arriba, sin dejar de subir ni darse vuelta, dijo: “Ya te llamo”.

Miré hacia lo alto y solo pude ver su espalda y los brazos fibrosos y morenos que la camisa celeste que llevaba arremangada dejaban al descubierto. También vi por primera vez esa forma de andar felina, elástica, tan de Oscar.

¡Por Dios! ¡Qué bombón! Sí, ya de espaldas me pareció más guapo que en la tele y los diarios. Pero también estaba molesta por todo lo que me había hecho esperar y me había parecido algo arrogante eso de hablarme desde arriba de la escalera sin siquiera detenerse a mirarme.

Enseguida sonó el teléfono de la secretaria.

—Ya puedes subir —dijo cuando cortó.

Subí la escalera saltando los escalones de dos en dos y cuando llegué arriba, me encontré frente a un despacho que tenía la puerta abierta. Allí, sentado a un escritorio pero nuevamente de espaldas estaba Oscar Desmonti. ¿Sería que nunca podría verle la cara?

Se notaba que estaba leyendo y no me animé a interrumpirlo. De modo que me paré bajo el quicio de la puerta y carraspeé para que notara mi presencia.

Giró el sillón en el que estaba sentado, apoyó el papel sobre la mesa (que después supe que era mi ficha) y sin mirarme dijo: ‘Pasa, Natalie.’

Entonces por fin levantó los ojos. Nos miramos un instante con una intensidad que me hizo temblar un poco. Esos segundos

fueron suficientes para saber que yo era Alma, su Alma, la chica que había descrito tan bien en Desde el abismo. Pero a él le tomaría bastante más tiempo darse cuenta.”

El relato de aquel primer encuentro ya se había transformado en un tópico de la pareja, pero por supuesto que no lo contaban igual. Él ponía énfasis en lo pequeña que le había parecido Natalie y lo preciosa que le había resultado su cara angelical, estragada por la falta de sueño. También todo lo que había pensado respecto de esa chica que se atrevía a pelearlo un poco sin perder por eso ni un ápice de su dulzura. Así es más o menos la versión menos romántica y más ácida de Oscar: *“El combo de esa carita con rasgos casi infantiles y esa boca roja despertó en mí un aluvión de fantasías, pero de algún modo yo iba a ser su docente y no quería meter la pata ni hacer algo que pudiera ser considerado abuso de autoridad, así que me abstuve de hacer hasta el más mínimo gesto o comentario. La voz de mi nueva alumna era grave, enérgica y decidida, lo que generaba una contradicción fascinante con la pinta que tenía ese día. Se notaba que estaba dispuesta a demostrarle al mundo que no por ser formato small y lucir incapaz de romper un plato iban a llevarla por delante. Pensé entonces, y no me equivoqué, que acercarme a esa chica podía ser para problemas. Y vaya que iba a serlo.”*

Después de este primer encuentro pasaron un montón de cosas. Nada fue rápido ni fácil entre ellos, ya lo he dicho. Aunque no sé por qué digo esto: sí que fue fácil. Cuando finalmente empezaron a estar juntos, la relación fue casi perfecta. Hubo que hacer ajustes, por supuesto, sobre todo con mi querido amigo que venía de “otra” vida, aunque Natalie también necesitó cerrar historias de su pasado.

Todo dejó de ir bien el maldito día en que Natalie se empezó a sentir mal.

—Parece que Natalie está anémica. Eso es lo que la tiene tan delgada, inapetente y cansada todo el tiempo —me dijo un día Oscar—. Por lo menos, es lo que cree su médico. La mandó a hacer un montón de estudios y análisis.

Lo que él obviamente había notado desde hacía más de un mes, también habíamos empezado a notarlo sus amigos y se volvió más que evidente el día del cumpleaños de Natalie.

La fiesta era en el departamento de ellos. Habían preparado una de esas celebraciones que a ella tanto le gustaban, con delicias para comer, buena música y tragos, y habían invitado al elenco estable de amigos, familia y toda esa gente de aquí y de allá que Natalie iba incorporando a su vida. Estaban sus compañeros nuevos de trabajo y los de antes, el grupete de las chicas con las que hacía danza, los del taller de arte, los compañeros de la escuela y otros que vaya a saber de dónde había sacado.

A Natalie le encantaba decorar la casa para esos eventos y, aunque supe por ella misma que esta vez le había costado porque se sentía muy cansada, había velas, lucecitas de colores colgantes, y una mesa con vasos, jarras, frutas y bebidas que hasta el bar más *cool* hubiese envidiado. La comida también se veía fabulosa y una gran parte la habían cocinado con Oscar, ya que era una de las cosas que disfrutaban haciendo juntos.

—Nos esmeramos esta vez, hermanito, ¿no te parece? —me había dicho Natalie cuando la fiesta apenas había comenzado, señalando orgullosa el resplandeciente salón—. Espero durar hasta el momento del *dancing* porque estoy más tirada que una alfombra. Quiero saber ya qué me pasa y que me den unas medicinas que me devuelvan todo lo que he perdido: el hambre y la energía.

Yo la abracé y le aseguré que eso iba a suceder muy pronto, pero al hacerlo me impresionó sentir la punta de sus huesos pinchándome las manos.

—Si lo que querías era transformarte en una de esas modelos cadavéricas que pasean sus huesos por la pasarela, ya lo has conseguido —dije haciéndome el gracioso y sin nada de conciencia de lo premonitorios que serían mis dichos.

Los dos reímos y ella se marchó contoneándose, poniendo un pie delante de otro como en un desfile, siempre tan payasa.

Sin embargo, aunque ni siquiera podía decírmelo a mí mismo y ocultaba mis sentimientos recurriendo para variar al humor, el aspecto y la salud de mi amiga estaban empezando a preocuparme. Mis temores se multiplicaron cuando Natalie ni siquiera se pudo quedar en su fiesta. Luego de soplar las velitas, momento al que llegó prácticamente extenuada, nos dijo a todos que siguiéramos divirtiéndonos pero que ella se retiraría ya que necesitaba recostarse un ratito y que regresaría en breve, cosa que no sucedió.

Oscar me contó luego que apenas llegó al cuarto y apoyó la cabeza en la almohada, Natalie cayó profundamente dormida, aunque antes alcanzó a decir:

—Hay algo que no está bien.

Tenía razón. Los análisis anunciaron que había algo en el hígado que era necesario estudiar más profundamente. Eso hicieron los médicos de inmediato. Durante las semanas siguientes, esperamos los resultados de los nuevos exámenes rezando los creyentes, encomendándonos a las energías del universo otros y haciendo promesas y juramentos de todo tipo los más escépticos.

Aunque no podíamos dejar de hacer un sinfín de elucubraciones, Natalie nos empujaba a pensar positivamente. Ella se había puesto al frente de su propia dolencia y no permitía que ninguno de los que la rodeábamos nos desanimáramos. Al que más se preocupaba por levantarle el ánimo e impedir que se abatiera era a Oscar.

—¿A qué viene esa cara larga? —le preguntaba cuando lo notaba ensimismado—. ¿Se ha muerto alguien y no me enteré? Mira que estoy aquí, vivita y coleando, y que no tengo ninguna intención de dejarte en paz, ¿eh?

Oscar trataba de disimular con ella lo que sentía pero conmigo y Fred no podía: estaba aterrorizado.

Momento, ¡qué descortesía y error imperdonable el mío! Creo que todavía no hablé de Fred. Él es mi pareja, mi novio o como quieran decirle. Hace dos años que estamos juntos y uno que convivimos. Así como yo a Natalie, él también incorporó a Oscar a su vida y ahora lo siente un amigo, parte de la familia. De hecho, muchas veces lo llama “cuñado”.

Creo que estoy dando vueltas porque lo que viene a continuación no quiero ni recordarlo. Se me hace el cuerpo un nudo. Pero sí: los estudios determinaron que Natalie tenía cáncer. Y uno de los bravos.

¿Que cómo se lo tomó Natalie? Lo primero que le preguntó al doctor fue cuál era el tratamiento indicado para su enfermedad y cuándo iba a comenzar. ¿Hay un modo más escandalosamente positivo de enfrentar una noticia de este tipo? Ella siempre para adelante. Siempre plantándole cara a la vida y al futuro por más oscuro que se presentara.

Incluso fue ella misma quien nos lo contó. Natalie había ido al hospital con Oscar, sus padres y su hermana. Yo no había podido aguantar la ansiedad ni estar un minuto más en mi casa y había llegado cuando Natalie y Oscar estaban todavía con el médico, dentro de la consulta.

Cuando los vi venir caminando por el pasillo, me bastó verle la cara a mi amigo para saberlo todo. Su piel ligeramente oscura se había vuelto gris y cada uno de sus músculos se veía crispado. Ella, en cambio, sonreía apenas, con un poco de tristeza sí, ¡pero sonreía!

—Bueno, familia —nos dijo cuando llegó hasta nosotros—, tengo cáncer, y es una verdadera mierda, claro, pero la buena noticia es que en dos semanas empiezo el tratamiento. Porque podría no haber nada para hacer y lo hay.

La mamá de Natalie corrió a abrazarla y la hermana enseñada se sumó al abrazo. El padre soltó una maldición y yo me acerqué a mi amigo, que estaba completamente mudo, y le apreté fuerte el brazo. Aunque quise contenerme, no pude evitar que unos gruesos lagrimones rodaran por mi cara.

—Esto no me va a vencer. Por favor, los necesito más fuertes que nunca para poder ganar esta batalla —nos dijo Natalie abrazándonos y besándonos uno a uno—. Vamos, papá, todo lo que sé de entereza y lucha lo aprendí de ti. Tú me enseñaste lo que el buen ánimo puede hacer por nosotros... Y David, Oscar, compañeros, ¿qué les pasa?!

Oscar se había sentado en un banco, o más bien se había desplomado, y estaba pegado al muro, encogido. Seguía sin poder pronunciar una palabra y miraba al suelo.

Natalie se agachó delante de él y le levantó la cara con las manos.

Jamás olvidaré el total desamparo y la desesperación en los ojos de mi amigo. Ella primero lo besó y luego se abrazaron como dos náufragos en medio de un océano inmenso y solitario. El agua iba subiendo. Había poco por respirar.

Entrar en detalles del tratamiento, de la quimioterapia que la fue dejando cada vez más delgada, con escaso pelo y un malestar casi constante, es penoso. Inútil. Fueron días y días de ver cómo su piel se ponía cada vez más blanca y sus ojos achinados más gigantes, asombrados ante lo que le estaba sucediendo.

Los días de tratamiento los pasaba en el hospital, conectada a una máquina que le pasaba distintos medicamentos. Su

familia y Oscar la acompañaban siempre, y los amigos nos íbamos turnando para visitarla allí o en su casa, cuidando de no exponerla a infecciones o riesgos que para ella, en las condiciones de extrema debilidad en que la dejaba la quimioterapia; podían ser mortales.

Natalie salía muy poco pero de todos modos se las ingeniaba para estar presente para todos nosotros. Cada vez que íbamos a visitarla, pedía no hablar de su enfermedad porque aseguraba que era muy poco interesante y generaba relatos aburridos y demasiado terrenales.

—Hablemos de la vida allá afuera. Cuéntame lo que has hecho, adónde has ido y con quién... También puedes hablarme de tus problemas, por supuesto. Sabes que me encanta dar consejos inservibles, buscar soluciones que no lo son y analizar por qué la gente hace lo que hace —me decía Natalie.

—Conozco perfectamente tus especialidades. No sé por qué te empeñas en entender a todos los seres humanos de este planeta y en justificar hasta a las peores porquerías. Si hay algo en lo que coincido con Oscar es en que ya estás grandecita y deberías empezar a aceptar que existe gente que es mala. Tengo algunos casos muy jugosos para contarte. Verás cómo logro hacerte cambiar de opinión.

—Claro que sé que existe gente mala, David. No creas que soy taaaan ingenua. Basta mirar la historia de la humanidad para entenderlo. Pero estoy segura de que nadie nace malo y que todas las personas pueden cambiar si se les da una oportunidad. Pero, vamos, desenrolla. Habla. Y esmérate con el cuento porque esto del cáncer me ha vuelto muy exigente. Sé que a mi amadísimo novio le encanta descubrir las miserias humanas y veo que ha logrado contagiarte. Aunque te advierto que no creo que consigas hacerme cambiar de idea acerca de “las mierdas del mundo”, como las llama él.

Así pasábamos los días, conversando, siempre riendo y en unas pocas ocasiones también llorando. En verdad quien había llorado algunas veces fui yo y ella había tenido que consolarme. ¡Increíble! Es que me costaba demasiado verla en esas condiciones, ser testigo de su degradación física.

Mi amigo Oscar enfrentaba los pormenores de la enfermedad de Natalie con aplomo. Después del shock inicial, había logrado recuperarse y se había armado de fuerzas, valor y energía para acompañarla las veinticuatro horas del día con buen ánimo. Siempre con su estilo, claro. Se había propuesto cuidar de Natalie y hacer todo lo posible para que se sintiera bien, por lo que interceptaba todo aquello que pudiera hacerle daño.

Ella decía que lo que más necesitaba era normalidad.

—Ya que esta enfermedad me cambió la vida, que por lo menos no cambie a mi familia y amigos. No quiero estar rodeada de desconocidos. Quiero que todos sean como son y ser tratada como siempre —pedía.

Pero no es fácil relacionarse con alguien que está pasando por una situación tan dramática. La mayoría de las personas nos volvemos torpes o inadecuadas en estos casos. Es nuestro modo de defendernos ante el misterio del sufrimiento y la muerte. Por eso Oscar frenaba a los que le empezaban a lanzar frases motivadoras, se ponían pesados con recomendaciones y consejos sobre tratamientos y terapias alternativas, contaban lo que le había hecho bien al primo del tío de un amigo o insistían con que probase apio o gusanos fritos que tenían propiedades sanadoras y desconocidas. Tampoco aceptaba miradas lastimosas o condescendientes, y menos que se pusiesen a llorar frente a Natalie. En esos casos, él mismo se encargaba de pedirle a la persona en cuestión que fuese a llorar a otro lado o que se guardara la compasión para otros.

Lo cierto es que pese a tantos cuidados y precauciones, cuando las sesiones de quimioterapia terminaron, la luz de Natalie estaba bastante baja y los cambios que había experimentado su cuerpo eran ya demasiado notorios. Queríamos pensar que su mal aspecto se debía al tratamiento y al suministro indiscriminado de drogas poderosas, pero los resultados de los análisis que le hicieron poco después, para determinar si se había conseguido al menos detener la enfermedad, no fueron nada alentadores.

No tengo remedio: me empeño en darle vueltas al asunto incluso cuando lo cuento. No es que los resultados “no fueron nada alentadores”. Fueron malos. Pésimos. El cáncer no solo no se había frenado, sino que había seguido avanzando, agazapado, como una hiedra venenosa.

—No se lo podemos decir —dijo enseguida el padre de Natalie cuando el médico nos dio la noticia. El hombre se veía devastado. Tenía la cara lívida y sus pocas arrugas se habían transformado en surcos profundos que daban relieve a su sufrimiento.

—Claro que se lo tenemos que decir —le dijo Oscar con toda la suavidad de la que era capaz, pese a que parecía apenas poder respirar. Yo conocía a mi amigo y sabía que estaba esperando estar a solas para desmoronarse. No iba a hacerlo delante de todos los demás. No esta vez. Durante este tiempo, para sostener a Natalie, Oscar había aprendido a mantener sus emociones acuarteladas—. Recuerda que se lo prometimos. Ustedes y yo. Cuando esto empezó, le juramos a Natalie que no le mentiríamos, por más difíciles y duras que fuesen las noticias. Ella tiene derecho a saber la verdad —agregó.

—¡No te das cuenta de que es anunciarle que está condenada a muerte! —repuso el padre de Natalie con angustia, tomándose la cabeza con las dos manos y cerrando los ojos con fuerza para borrar la escena de pesadilla.

—Oscar tiene razón. Debemos decírselo. Es lo mínimo que podemos hacer por ella —dijo la madre, que tenía la cara anegada en lágrimas y se tomaba el cuello conteniendo un aullido de dolor.

Por un rato nadie más pudo decir nada. Permanecimos en un largo silencio mortuario.

Yo no podía dejar de hacerme preguntas: cómo se lo íbamos a decir a Natalie, qué haría ella con sus días y sus noches ante un pronóstico tan desfavorable, y sobre todo, qué haría Oscar si ella moría, cosa que iba a suceder.

El médico nos había dicho que todo lo que quedaba por delante eran cuidados paliativos, no curativos. Nuestro único rol era ser testigos, acompañar y esperar. El padre de Natalie tenía razón: era una sentencia de muerte.

Como nadie podía decírselo porque no encontraban ni las palabras ni el modo, terminaron por acordar que lo más adecuado era que el doctor le diese la noticia a Natalie de la mejor forma posible, si es que había una.

Frente a la muerte, la mayoría de los enfermos terminales se aferra a la vida con desesperación. Prefieren incluso mantenerse ignorantes de la gravedad de su situación, esperando el milagro que por lo general no llega y fingiendo creer las mentiras piadosas que quienes los rodean se empeñan en contarles. Natalie respondió a la regla, en muchos momentos, estoy seguro, para no verlo sufrir a Oscar y a todos los demás.

Por eso cuando el médico le hizo saber lo difícil y desapareja que se había vuelto la batalla contra la enfermedad, siguieron hablando en términos militares de realinear tropas, buscar nuevas armas y ganar tiempo sobre el enemigo para enfrentar el fracaso, sin pronunciar en ningún momento la palabra muerte. Aunque estaba claro que solo era cuestión de tiempo.

Cuando el médico salió de la habitación, Natalie no hizo ningún comentario. Se quedó hablando un rato con Oscar, sus padres y sus hermanos de cualquier cosa, y después les pidió que salieran para hacer pasar a los muchos otros familiares, amigos y compañeros de trabajo que ese día habían ido a visitarla. Había tanta gente que ella incluso hizo la broma de dar números y fijar tiempos, *“como hacen las estrellas de Hollywood con los periodistas cuando presentan una película”*.

—No es necesario que los recibas a todos, Natalie. Si les digo que estás cansada y que vengan mañana u otro día, van a entender —insistió Oscar.

Ella se incorporó todo lo que pudo en la cama y se acomodó el pelo para luego decir con voz firme:

—No, hazlos pasar. Quiero verlos. Se han tomado la molestia de venir hasta aquí, y además, todo ese amor es la gasolina que necesito para vivir.

Pasaron varias horas y decenas de familiares y amigos por la habitación, hasta que por fin Natalie y Oscar se quedaron a solas.

—Bueno... ¡levante la mano quién tiene un cáncer que la ama demasiado y quiere tomarla por completo, hacerla suya, de aquí a la eternidad! —dijo de pronto Natalie con tono juguetón.

Oscar, que se había sentado en el sillón que estaba junto a su cama, dio un respingo y exclamó con tono indignado:

—¡No! Te pido que no hagas eso...

—¿Que no haga qué...?

—Lo que haces siempre: eso de tomarte las cosas de la mejor forma, como si esto de una u otra forma fuera a estar bien...

—Ya sé que no va a estar bien —agregó ella con suavidad, mirando a su novio con preocupación.

—Natalie, este no es uno de nuestros estúpidos juegos en los que tú ves el lado positivo del mundo y de la vida, y yo veo solo lo negro y la realidad más cruda. No esta vez.

—Nuestros juegos nunca me parecieron estúpidos, mi amor. Y lo que sé es que esta vez me tocó a mí, como otras veces les tocó a otros. Tan simple como eso. Sigo creyendo que todo pasa por algo...

—Sí, y ese “algo” es sencillamente que el mundo apesta. Cuando crees que no puede apestar más, pasan mierdas como esta... no es justo —dijo Oscar con un enojo que iba convirtiéndose cada vez más en angustia y dolor.

—Lo sé... Es una mierda. Lo admito. Sé que no hay ninguna cura, que voy a morir. Pero también sé que la vida es frágil y puede ser efímera, y que la nuestra ha sido además muy bella, y eso es una bendición. Hay quienes no tienen esto que tenemos nosotros ni en cien años. Debemos aceptarlo, mi amor, y aprovechar cada instante que nos queda —afirmó Natalie, estirando los brazos e invitándolo a acercarse.

Oscar se puso de pie.

—No es justo —repitió él una y otra vez ya entre lágrimas, inclinándose sobre la cama y abrazando a Natalie con desesperación.

Así se quedaron los días y las noches que siguieron: juntos, abrazados, besándose, conversando cuando podían, los ojos de uno en los ojos del otro, mientras paralelamente y en forma progresiva la salud de Natalie iba desmejorando. A la desesperanza e impotencia ella les hizo frente con el inmenso amor que sentía por Oscar y todos nosotros; nos regaló su compasión, sus palabras justas, sus caricias tiernas.

Una de las últimas cosas que nos dijo fue que se visualizaba sana y fuerte, envuelta en una luz azul que la llevaría



hacia las estrellas, y que allí iba a estar esperándonos, pero que no nos apurásemos, que no había ninguna prisa. Era mucho lo que debíamos hacer antes.

Yo acompañé a mis amigos estando siempre cerca, con una desesperante impotencia, sabiendo que nada iba a poder hacerlos sentir bien ni mejor.

Hasta que finalmente lo peor sucedió. Y ahora se trata de Oscar, de cómo ayudo a mi amigo para que no muera en vida.